

## MAPA, TERRITORIOS Y SOBERANÍA. UNA LECTURA DE *LA VORÁGINE*

Yoanny Sanabria Vergara

---

En 1928 José Eustasio Rivera publicó en Nueva York la quinta edición de *La vorágine*. Una edición que resultó significativa ya que se convirtió en la última empresa que realizó el autor antes de morir repentinamente en esa ciudad. Durante los primeros años de circulación, desde 1924 cuando fue publicada, Rivera jugó un papel determinante en la defensa, difusión y comprensión de la novela. Buscó hacer más legible el texto, introduciendo correcciones para que en la prosa no hicieran eco los versos de *Tierra de Promisión*. Suprimió las fotografías de sus viajes por el Vichada, puestas en las primeras versiones como estrategia para confundir la realidad de los lectores con la ficción del relato. Y sostuvo arduas disputas con los primeros críticos de la novela, como Luís Trigueros, a quien le reclamó por no advertir la trascendencia sociológica de la obra (TC 69).

Lo que más preocupaba a Rivera en esos momentos era la comprensión de la obra, pues los críticos guardaban silencio sobre la grave situación que vivían los colonos e indígenas de la hoya amazónica. Alguno de ellos sugirió que lo narrado en la novela era “inexistente, propio de otros mundos, o del nuestro pero en épocas iniciales” (Nieto Caballero TC 30). Quienes se sintieron aludidos por los señalamientos del autor acudieron a la expresión “cosas de *La vorágine*” con lo que buscaban que los hechos que se tejían en el texto no superaran los límites de la ficción. La forma en que era interpretada la situación de los sirringeros del caucho en la Amazonía lo llevó a decir: “sólo he logrado hacer mitológicos sus padecimientos y novelescas las torturas que los aniquilan” (TC 69). Para Rivera este

panorama de comprensión de la obra resultaba desalentador, por eso no es equivocado considerar que en la edición neoyorquina buscara reafirmar el sentido histórico y político de *La vorágine*.

Con estos precedentes Rivera llegó a Nueva York, luego de representar a Colombia en la Conferencia Internacional de Emigración e Inmigración realizada en La Habana en abril de 1928. Los planes que tenía giraban exclusivamente en torno a la novela. En una carta a su amigo Lisandro Durán, cuenta que iba a New York a “corregir la edición de *La vorágine*, en el texto inglés, y a editarla también en español” (Rodríguez Arenas 2013 lxxxix). Para lograrlo constituyó la Editorial Andes y publicó una nueva edición de la novela, completamente bajo su cuidado y corrección. Agregó un mapa de Colombia, el que indicó la “Ruta de Arturo Cova y sus Compañeros”, y ubicó esmeradamente los ríos de las vertientes de la Amazonía y la Orinoquía, para orientar la atención de los lectores hacia las selvas fronterizas de la nación. Sin embargo, el mapa de Rivera ha permanecido al margen del texto novelesco, sin que se haya advertido suficientemente la importancia que tiene para la comprensión de la obra, pues aparece y desaparece, transformado o mutilado en la accidentada historia editorial de la novela.

Este mapa resulta clave en múltiples sentidos: ayuda desenredar la maraña de relatos y de voces que confluyen como ríos en la narración de Arturo Cova; permite estudiar las formas de reproducción y de resistencia que se generan en las prácticas sociales y culturales; al tiempo que ayuda a rastrear las representaciones que se hacen en la novela sobre el territorio de la nación. Por ahora, detengámonos brevemente en este último aspecto, focalizando las nociones del territorio en la época de las transformaciones y mutilaciones fronterizas y en las circunstancias geopolíticas de la explotación del caucho.



Mapa incluido por José Eustasio Rivera en la quinta edición de *La vorágine*.  
 (*La vorágine*: Exposición en la Biblioteca Nacional de Colombia Páramo y Franco, 2009 12)

En buena medida las visiones que se construyen del territorio en la novela las podemos observar en los recorridos que siguen los personajes desde el centro andino hasta las márgenes de la nación. Arturo Cova transita por los llanos del Meta y Casanare, hasta las

fronteras con Venezuela y Brasil, mientras Clemente Silva lo hace por el extremo sur desde Pasto hasta el Amazonas. Las rutas de estos personajes, como se puede ver en el mapa, son líneas de fuga que cuestionan la imagen centralizada de la nación y muestran cómo la presencia del estado y la idea de lo nacional son más tenues en la medida en que se internan en la selva. En su ruta, Arturo Cova tropieza en los llanos con personajes como el general Gámez y Roca (87-88) y el juez José Isabel Rincón Hernández (167), quienes amparados en la autoridad y sin ninguna vigilancia aplican la ley de forma amañada y corrupta.

De cierta manera la imagen centralizada de la nación que se muestra en la novela pone en discusión las reformas conservadoras introducidas al sistema político en la constitución de 1886. En la perspectiva de Jorge Orlando Melo esta estructura política rígidamente centralizada sería la causa de los peores males que afrontó Colombia al despuntar el siglo XX, como la Guerra de los Mil Días y la separación de Panamá (Melo 69-70).

En otro momento, en la conversación que sostiene Cova con la mulata Sebastiana se ponen en cuestión la unidad territorial y la idea de nación.

Mulata –le dije-: ¿Cuál es tu tierra? Esta onde me hayo.

¿Eres colombiana de nacimiento?

Soy únicamente yanera, del lao de Manare. Dicen que soy craveña, pero no soy del Cravo; que pauteña, pero no soy del Pauto. ¡Yo soy de todas estas yanuras! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas y tan dilataas! (129)

En esta conversación se confrontan dos ideas del territorio. La de Cova encarna una noción de nacionalidad que se sustenta en la abstracción simbólica y política del espacio geográfico, mientras para la mulata Sebastiana resulta artificiosa esa idea, pues pertenece a una región excluida y marginal de la nación. La única patria que reconoce es la del llano como espacio

vital. Cova y la mulata tienen imágenes y mapas diferentes del territorio, pues cada uno actúa con un sistema de representación diferente, lo que hace que los territorios no necesariamente se identifiquen con la nación.

Otro proceso que el mapa de la novela permite entender es el de la colonización de las zonas caucheras. Balbino Jácome simboliza al hombre del interior que se desplaza hacia la selva persiguiendo la fortuna de la ilusoria bonanza del caucho. Otros, como Luciano y Clemente Silva, a pesar que no van a la Amazonía por dinero sino por cuestiones de honor y de afecto, verán como sus vidas quedan atrapadas entre los siringales y rebalses de la geografía cauchera. El viejo Silva delinea el desplazamiento geográfico de su hijo desde Pasto:

Seguí las huellas de Lucianito hacia el Putumayo. Fue en Sibundoy donde me dijeron que había bajado con unos hombres un muchachito pálido, de calzón corto, que no representaba más de doce años, sin otro equipaje que un pañuelo con ropa. Negóse a decir quién era, ni de dónde venía, pero sus compañeros predicaban con regocijo que iban buscando las caucherías de Larrañaga (254)

El desplazamiento de los colonos hacia las zonas caucheras fue frecuente desde finales del siglo XIX. La ruta de Lucianito era la acostumbrada por los colonos del sur del país, que se aventuraban para buscar fortuna. La alusión a Larrañaga no es gratuita, pues fue un pastuso emprendedor que dominó el negocio del caucho hacia 1900.

A través del relato de Clemente Silva se recrean también en la novela los crímenes cometidos por Julio Cesar Arana en el Putumayo y las circunstancias limítrofes entre Colombia y Perú a comienzos del siglo XX. Es Balbino Jácome (271), quien le refiera a Clemente Silva los pormenores de la explotación en las caucherías de La Chorrera y El Encanto y aborda la forma como Julio Cesar Arana se apropió del territorio colombiano en la frontera.

(...) en Colombia pasan cosillas muy reveladoras de algo muy grave, de subterránea complicidad, según frase de Larrañaga. Los colonos colombianos ¿no están vendiendo a esta empresa sus fundaciones, forzados por la falta de garantías? (...) Y Arana, que es el despojador, ¿no sigue siendo, prácticamente, Cónsul nuestro en Iquitos? ¿Y el Presidente de la República no diz que envió al General Velasco a licenciar tropas y resguardos en el Putumayo y en el Caquetá, como respuesta muda a la demanda de protección que los colonos de nuestros ríos le hacían a diario? ¡Paisano, paisanito, estamos perdidos! ¡Y el Putumayo y el Caquetá se pierden también! (277)

El relato de Balbino Jácome es la versión ficcional de las incursiones de la Casa Arana en el territorio colombiano, y la manera en que la novela señala la complicidad y la forma de proceder del gobierno en detrimento de la soberanía nacional. La complicidad se refiere probablemente al papel del presidente Rafael Reyes (1904-1909), en cuyo mandato la casa Arana se convirtió en la multinacional Peruvian Amazon Company y experimentó el auge más importante en su recorrido empresarial. Según Carlos Zárate, especialista en estudios amazónicos, las actuaciones del general Reyes resultaban contradictorias, como el nombramiento “del colombiano Juan B. Vega, uno de los principales socios de Arana antes de la conformación de la Peruvian Amazon, como cónsul de Colombia en Iquitos entre 1904 y 1905” (2008 220). Lo que confirma el interés personal y directo que los dirigentes colombianos tenían en la región.

La ruta de Arturo Cova lo lleva a las fronteras con Venezuela y Brasil, donde la cartografía de la novela permitirá recrear los abusos del coronel Tomás Funes a través del relato del personaje Ramiro Estévez. La historia de Funes es importante dentro de la configuración del espacio de la nación en la novela, pues es otro de los capítulos de explotación del caucho que terminó siendo decisivo en los tratados de límites de

Colombia con Venezuela. El relato se destaca la violencia que Funes ejerció sobre la zona de frontera.

Ya se decía, a boca tapada, que varios sujetos habían logrado infundirle a Funes la creencia de que era apto para adueñarse de la región y hasta para ser Presidente de la República cuando quisiera. No resultaron falsos profetas los de aquel augurio: porque jamás, en ningún país, se vio tirano con tanto dominio en vida y fortunas como el que atormenta la inmensurable zona cauchera (350)

La influencia de Funes le daba unidad al territorio, sin importar que se trata de una región fronteriza. La actividad del caucho y los intereses del empresario bastan para que ese espacio se configure como unidad territorial, cuyos límites estarían dados por la capacidad de fuerza y dominio que Funes pueda ejercer sobre la región. Llama la atención la forma como en la novela se analiza la relación entre el ejercicio de un cierto despotismo regional con posibilidad para conquistar el poder político nacional o central. El caso de Julio César Arana no es diferente, pues el poder que desplegó su empresa por la región del Putumayo lo llevó a incursionar en la política de su país hasta convertirse en representante del departamento de Loreto en el congreso. Desde allí se opuso a la ratificación del tratado Salomón- Lozano firmado en 1922, pues como anota José Eustasio Rivera en un artículo periodístico de mayo de 1924 “se negaba rotundamente a que se firmara ese Tratado, ya que él perdería las tierras que había usurpado”. (FMR lxxi).

Cuando José Eustasio Rivera hizo parte en 1922 de la Comisión de Límites con Venezuela pudo advertir que las estrategias de los caucheros habían logrado diluir las fronteras nacionales y que el territorio que se había cedido en la práctica con la

complicidad de los funcionarios colombianos, se buscaba legitimar en ese momento a través de los tratados con Venezuela, Perú y Brasil (Rodríguez Arenas lxvii). Tanto en el tratado Salomón – Lozano (1922) como en el arbitrio del Consejo Federal Suizo (1922) Colombia terminó cediendo amplias franjas del territorio. Con Perú, el país perdió el territorio comprendido entre el río Putumayo y el río Napo y con Venezuela, las zonas para las cuales el autor había sido comisionado (Rodríguez Arenas liii, lxvii).

Las representaciones del territorio encuentran otra forma de desarrollo en las maneras en que se alude en la novela al ejercicio diplomático de los funcionarios colombianos. Durante su permanencia en las barracas del Guaracú, Arturo Cova envía al viejo Clemente Silva hacia Manaos “con un pliego de acusaciones” (292), que busca poner en conocimiento del cónsul la situación de los colombianos en las caucherías de la frontera. Sin embargo, Cova no es muy optimista con los resultados que obtendría su compañero, y hace una figuración hipotética de la respuesta del funcionario:

(...) si bajan hasta Manaos, nuestro Cónsul, al leer mi carta, replicará que su valimiento y jurisdicción no alcanza estas latitudes, o lo que es lo mismo, que no es colombiano sino para contados sitios del país. Tal vez, al escuchar la relación de don Clemente, extienda sobre la mesa aquel mapa costoso, aparatoso y deficientísimo que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá, y le responda tras de prolija indagación: «¡Aquí no figuran Ríos de esos nombres! Quizás pertenezcan a Venezuela. Diríjase Usted a Ciudad Bolívar. » Y, muy campante, seguirá atrincherado en su estupidez, porque a esta pobre patria no la conocen sus propios hijos, ni siquiera sus geógrafos. (361)

En estas palabras se expresa la posición de Rivera frente a la indiferencia de los funcionarios diplomáticos y su desconocimiento del territorio. Se critica el trazo de las fronteras y se sugiere la complicidad de la institución cartográfica en la cesión de los territorios. En la perspectiva de Thomas Pavel, esta posición haría parte del



“pensamiento de la novela”, pues es una de las ideas que propone el autor como hipótesis del mundo representado en *La vorágine* (Pavel 42). El tono irónico del monólogo busca deslegitimar o parodiar las versiones de los hechos que forman el discurso y la historia oficiales. La frase final señala la actitud antipatriótica de todos los colombianos al desconocer las fronteras; ese lado de la nación que nos resulta tan difuso y que no acertamos a precisar en el dibujo imaginado que hacemos del territorio.

En el recorrido de Clemente Silva por la frontera con el Perú, se postula una visión similar sobre el territorio y la soberanía. Cuando este personaje llega a Iquitos se propone ir al consulado de Colombia para “denunciar los crímenes de la selva” y “solicitar la libertad de los caucheros esclavizados” (281-282). En el lugar se le ocurre preguntar a una dama si el consulado colombiano se encontraba en esa ciudad, a lo que esta le responde con una carcajada. La novela sugiere de esa manera que el consulado, tanto como el ejercicio de la soberanía y las relaciones diplomáticas en la época de las caucherías, eran un chiste que intenta recordarnos que el estado puede ser una ficción.

Finalmente, el mapa que introdujo Rivera en su edición de la novela nos permite abordar las tensiones que se produjeron en el territorio de la nación en la época en que la economía colombiana resulta incorporada a la dinámica de los mercados transnacionales. Arturo Cova profirió una de las proclamas más sonadas de la novela sobre la destrucción ocasionada por las empresas caucheras en relación con su acometida civilizadora.

No obstante, es el hombre civilizado el paladín de la destrucción. Hay un valor magnífico en la epopeya de estos piratas que esclavizan a sus peones, explotan al indio y se debaten contra la selva (297).

En la novela se analizan las relaciones desiguales que ocurren entre lo local y lo global cuando se fijan modelos extractivos en territorios como la selva. El valor agregado del caucho se acumula fuera del territorio, mientras la mano de obra de los habitantes del lugar es esclavizada. Civilizar el territorio muestra la cara oculta del progreso modernizador, en la cual el territorio de la extracción es instrumentalizado, aislado y desmembrado de las relaciones con el entorno. La novela controvierde así la lógica de producción de los espacios que se esconde tras la diferenciación entre civilización y barbarie.

Como vemos, el mapa de Rivera viene a complementar la cartografía de representaciones y de tensiones del territorio de la nación en *La vorágine*. Ante la inestabilidad de las fronteras y la ausencia de estado, el autor busca integrar o nacionalizar territorios que permanecían en un cierto limbo geográfico. José Eustasio Rivera emprende un proceso de soberanía literaria que no está exento de contradicciones, pues los territorios no sólo son configurados por la nación, sino por los intereses económicos de la economía transnacional. La novela muestra que la configuración de los espacios fronterizos no obedeció a los impulsos de soberanía de las naciones vecinas, sino a la lógica de explotación y comercialización de un negocio como el del caucho. El mapa de Rivera nos recuerda el valor de *La vorágine*, una obra que debemos defender porque, como dijo Rafael Maya, “contiene más elementos de soberanía nacional que la ficción misma del estado”.

## Bibliografía

- Castillo, Eduardo. ““La vorágine”.” *La vorágine: Textos críticos*. Ed. Montserrat Ordóñez Vila. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987. 41-43.
- Gómez Restrepo, Antonio. ““La vorágine”.” *La vorágine: Textos críticos*. Ed. Montserrat Ordóñez Vila. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987. 45-47.
- Melo, Jorge Orlando. «La República Conservadora.» Jorge Orlando Melo, coordinador. *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995. 57-101
- Páramo, Carlos and Roberto Franco. *La vorágine: Exposición en la Biblioteca Nacional de Colombia*. Bogotá: Impresoras Dupligráficas, 2009.
- Pavel, Thomas. *Representar la existencia. El pensamiento de la novela*. Barcelona: Crítica, 2005.
- Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Ed. Monserrat Ordóñez. Madrid: Cátedra, 2006.
- Rivera, José Eustasio. “La vorágine y sus críticos.” *La vorágine: Textos críticos*. Ed. Montserrat Ordóñez Vila. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1987. 63-70.
- Rodríguez Arenas, Flor María. «Introducción: La política de las representaciones en La vorágine.» Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Doral, Florida: Stockero, 2013. ix-clxx.